

ATILIO A. BORON*
Y GLADYS LECHINI**

INTRODUCCIÓN

HISTORIA Y PROPÓSITOS

El libro que tenemos la satisfacción de presentar a la consideración del lector forma parte de un proyecto de colaboración académica entre instituciones de América Latina, África y Asia que tiene como objetivo recrear y rediscutir la producción de conocimiento en las ciencias sociales en los países del llamado “Sur” y favorecer su creciente circulación por los medios académicos y el espacio público de nuestros países.

En este marco, los autores de los distintos capítulos han diagnosticado tanto la persistencia y agravamiento de los problemas sociales en nuestras respectivas regiones, como la notoria incapacidad del saber convencional de las ciencias sociales –cuya crisis es reconocida en los mismos centros universitarios de las metrópolis– para dar cuenta de realidades cada vez más complejas y proponer respuestas acor-

* Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Profesor Titular de Teoría Política y Social en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

** Coordinadora académica del Programa Sur-Sur de CLACSO. Profesora Titular de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

des con las necesidades de las grandes mayorías y los intereses generales de esas sociedades. De ahí la importancia del objetivo a mediano plazo de esta colaboración entre las instituciones del Sur: generar una “masa crítica” de pensamiento sobre cuestiones fundamentales de nuestras sociedades, que incluyen desde el desarrollo económico hasta la democracia, y desde la construcción de una buena sociedad hasta el fin de toda violencia y el reinado de la paz.

Desde los años setenta, tanto el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) como el Consejo para el Desarrollo de la Investigación en Ciencias Sociales en África (CODESRIA, por sus siglas en inglés) comenzaron a desarrollar varias iniciativas tendientes a propiciar una mirada teórica desde el Sur. La crisis política que conmovió a América Latina durante los años setenta y primera parte de los ochenta conspiró contra el éxito de las mismas. Ya en los años noventa, luego de la implosión de la Unión Soviética, y junto al fin de la disputa Este-Oeste, surgieron en los países del Norte, y muy especialmente en Estados Unidos, visiones que, sosteniendo “el fin de las ideologías y de la historia”, proponían la primacía de “un pensamiento único” global y salvador que redimiría a nuestras sociedades de todos sus problemas. La eficacia persuasiva de este planteamiento, uno de los rasgos más sobresalientes del triunfo del neoliberalismo, se apoyaba menos en su débil estructura argumentativa y mucho más en la enorme influencia que se desprendía del hecho de que el primado del “pensamiento único” se materializaba en las “condicionalidades” que las instituciones financieras internacionales, sobre todo el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, imponían a las exangües economías del Sur, desangradas por la deuda externa y, en algunos casos, especialmente en África, por interminables guerras civiles. Por entonces, pocas voces se levantaron alertando sobre los graves perjuicios que ocasionarían la imposición del modelo neoliberal y la aplicación de medidas que en definitiva beneficiarían a unos pocos. El saber convencional de las ciencias sociales demostró ser incapaz tanto de percibir estas amenazas, que en la mayoría de los países del Sur dieron lugar a una lacerante “eutanasia de los pobres”, como de articular una efectiva intervención en la esfera pública que alertase sobre los riesgos que se avecinaban.

Preocupados por las sucesivas crisis y conscientes de la urgente necesidad de repensar lo social desde una perspectiva sureña, a finales de los noventa volvió a tomar fuerza la necesidad y relevancia de sumar esfuerzos para comprender mejor las experiencias, muy similares por cierto, que habían padecido nuestras sociedades a partir de la

imposición de las recetas del Consenso de Washington. Esta inquietud debía traducirse en la tentativa de construir nuevas perspectivas de análisis e interpretación que dieran cuenta de los más diversos aspectos de la realidad de nuestros países y que, por último pero no menos importante, ayudaran a salir de la crisis por una ruta progresiva y emancipatoria.

A partir del año 2000, se inició una nueva ronda de consultas entre varias instituciones académicas del Sur dedicadas a la docencia e investigación en ciencias sociales, con la idea de retomar un diálogo que con el correr de los años se había diluido y que ahora, más que nunca, se hacía necesario desarrollar y fortalecer. De este modo comenzaron los contactos, en un principio a través de mecanismos laxos, que luego se fueron afinando en las discusiones desarrolladas con la participación de académicos en talleres, paneles Sur-Sur y grandes conferencias regionales.

En este contexto, merece mencionarse la conferencia auspiciada por Asdi/SAREC en UPPSALA, Suecia, en el año 2000, con el objetivo de identificar instituciones, temáticas e intereses para desarrollar este tipo de colaboración académica. En septiembre de 2002, CLACSO organizó en Buenos Aires, Argentina, la segunda reunión Sur-Sur sobre “Nuevos desafíos en estudios sobre la paz y el conflicto: ¿qué rol para el Tercer Mundo?”, con el objetivo ya más específico de consensuar áreas de interés entre las organizaciones participantes –CLACSO, CODESRIA, Asociación Africana de Ciencia Política (AAPS, por sus siglas en inglés), Organización para la Investigación en Ciencias Sociales en África Oriental y Austral (OSSREA, por sus siglas en inglés), Asociación Asiática de Estudios Políticos e Internacionales (APISA, por sus siglas en inglés), y Red para el Estudio de Conflictos del Sudeste Asiático (SEACSN, por sus siglas en inglés)– para desarrollar proyectos de investigación comparados, identificar problemas que afectan el desarrollo de la cooperación Sur-Sur y explorar las posibilidades de avanzar en el proyecto de construir una visión alternativa a la dominante.

Estos mismos problemas también incidieron en el posterior desarrollo del proceso planificador, tomando mayor tiempo que el esperado para concretar una actividad común. Luego de una reunión *ad hoc* a propósito del Congreso de la AAPS en Durban, Sudáfrica, en junio de 2003, se llegó a la reunión de La Habana, con motivo de la Asamblea General de CLACSO en octubre de ese mismo año. Allí, paralelamente a esta reunión de las Ciencias Sociales de América Latina, se desarrollaron dos actividades específicamente dedicadas a profundizar la coo-

peración académica Sur-Sur: una reunión especial y un taller. La primera estuvo destinada a acordar consensos mínimos sobre temas en torno a los cuales desarrollar una Propuesta de Trabajo entre las instituciones participantes por un período de tres años. El taller apuntó a avanzar en la identificación de perspectivas y problemas comunes sobre la base de los trabajos presentados por académicos de las tres regiones, la mayoría de los cuales están incluidos en la obra que ahora sometemos a consideración del público.

Los temas identificados como relevantes en las reuniones previas, y objeto de discusión en este taller, giraron en torno a cuestiones como la incidencia del orden hegemónico internacional sobre las sociedades de África, Asia y América Latina, y sobre las posibilidades existentes, en este contexto, de fortalecer y ampliar la cooperación Sur-Sur a través del estudio de casos y de distintas problemáticas que afectan a nuestras sociedades, tales como el desarrollo económico, la democracia, la paz y la seguridad, la integración regional y la cuestión campesina. Asimismo se dedicó especial atención a las respuestas de la sociedad civil al conflicto social, a través de la configuración de movimientos populares de nuevo y viejo cuño que bregan por la construcción de un nuevo orden, más justo y humano.

VISIONES EN DISPUTA SOBRE EL (DES)ORDEN INTERNACIONAL ACTUAL

Esta sección examina el papel de EE.UU. como potencia global y su impacto sobre la evolución política y económica de las tres grandes regiones del llamado “Sur” y, muy especialmente, la desarticulación política, económica y social que la imposición del modelo neoliberal ha tenido sobre las sociedades de África, América Latina y Asia.

En su trabajo, el sociólogo y político chileno Luis Maira Aguirre se ocupa de reseñar las relaciones entre América Latina y EE.UU. desde una perspectiva histórica. Tales relaciones son calificadas por este autor como asimétricas, dependientes y de una importancia secundaria para los formuladores de la política en Washington, que siempre han mantenido la convicción de que una gran potencia debe imponer sus criterios a las naciones subalternas.

El poder imperial norteamericano se estableció por etapas. El primer círculo de su expansión se encuentra en América Central y el Caribe a fines del siglo XIX y principios del XX. La política del “gran garrote” inauguró la primera fase de lo que habría de ser una activa y

creciente presencia de Washington en América Latina. En las tres primeras décadas del siglo XX le siguió una combinación de “la diplomacia del dólar” con “la diplomacia de las cañoneras”, lo que tuvo como resultado el establecimiento de férreos protectorados. Sin embargo, ya en la década del treinta, F. D. Roosevelt buscó establecer una relación más cooperativa a través de la “política del buen vecino”.

La segunda etapa se inició con la “política de contención” del comunismo, propia de la guerra fría y que perduró hasta 1989. Esta política fue decisiva para determinar el perfil y contenido de las políticas actuales de la Casa Blanca hacia la región. En este período se produjo una fuerte expansión de la influencia norteamericana hacia el sur del continente, unida al establecimiento de un creciente control sobre las economías latinoamericanas y los gobiernos del área. La Organización de Estados Americanos (OEA) y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) fueron las expresiones institucionales de este proceso. Las diversas situaciones nacionales latinoamericanas fueron pasadas así por el tamiz de su impacto en el balance global entre EE.UU. y la URSS. Sólo dos de ellas tuvieron impacto global en la estrategia norteamericana: la revolución cubana de 1959 y el derrocamiento del dictador Somoza, aliado de EE.UU., en 1979.

Durante todo el período pocos fueron los proyectos globalmente, articulados desde Washington para la región en su conjunto: la “Alianza para el Progreso” del presidente Kennedy, la Política sobre Derechos Humanos del presidente Carter y la Iniciativa para las Américas del presidente Bush padre, que Clinton convirtió en la propuesta de Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Asimismo, y a pesar de la adscripción retórica de Washington a la democracia representativa, el gobierno de EE.UU. apoyó o propició el surgimiento de una oleada de dictaduras latinoamericanas en función de sus propios intereses de seguridad entre los años sesenta y setenta.

La tercera etapa se inició con el fin de la guerra fría y el incremento de la marginalidad y falta de significación de los países latinoamericanos para EE.UU. En tanto, la región ha experimentado transformaciones relevantes. A pesar de la instalación de procesos democráticos, las mayorías no han cambiado sus condiciones de vida, generándose un cuadro de desencanto democrático; la región se ha hecho aún más pobre (44% de sus habitantes) y más desigual, acentuando sus peores rasgos históricos. También se ha producido un aumento en la heterogeneidad social y productiva al interior de los mayores países, así como en la región en su conjunto, originando tensiones sociales y

problemas de gobernabilidad. El autor identifica, no obstante, varias subregiones: México, Centroamérica, el Caribe, la región Andina y el Cono Sur, cada una de las cuales plantea problemas diferentes a la estrategia norteamericana.

De este modo concluye que sobre este trasfondo de desinterés norteamericano se están produciendo algunos cambios significativos en el espectro político de los países del área, lo cual podría eventualmente dar origen a nuevas oportunidades para redefinir la relación con la potencia dominante.

En línea con la contribución anterior, el sociólogo brasileño Emir Sader realiza una síntesis de la evolución política de América Latina en el siglo XX marcando tres períodos. En el primero, desde finales del siglo XIX hasta principios del XX, predominaron las economías primario-exportadoras, orientadas por la teoría de las “ventajas comparativas”, junto a regímenes políticos oligárquicos. Estos se vieron progresivamente acosados por importantes conflictos sociales, fruto del proceso de urbanización y los inicios de la industrialización. Pero la crisis de 1929-1930 habría de provocar el reemplazo de casi todos los gobiernos del área a causa del desplome del patrón de crecimiento basado en las exportaciones agropecuarias o mineras. El siguiente modelo, gestado a mediados de los años treinta en los mayores países del área, estuvo signado por la industrialización sustitutiva de importaciones y generó nuevos bloques de poder en torno a las burguesías locales y sectores urbanos sindicalizados que expresaban el surgimiento de las clases trabajadoras. Este período culminó a mediados de los años sesenta con la internacionalización de las economías y la consolidación de las grandes corporaciones multinacionales.

El nuevo período, que presenció una disputa política entre tres proyectos diferentes –la alternativa socialista (ejemplificada por la revolución cubana), el nacionalismo militar (Perú) y la dictadura militar (Brasil)– fue introducido merced a golpes militares orientados por la doctrina de seguridad nacional. La crisis de la deuda a comienzos de los ochenta, que súbitamente engendró grandes déficits en las balanzas de pagos de los países del área, decretó la inviabilidad de los proyectos de desarrollo y cerró definitivamente el período “desarrollista”, abriendo camino al modelo neoliberal. La década del ochenta fue justamente denominada “década perdida”, y las hiperinflaciones que caracterizaron al período fueron abatidas con durísimos programas de estabilidad monetaria y de equilibrio fiscal. De este modo América Latina, se convirtió en cuna y laboratorio de las experiencias del neoliberalismo. El

combate a la inflación fue la piedra angular de la construcción política del modelo hegemónico neoliberal, y la minuciosa aplicación de las recomendaciones del Consenso de Washington fue promovida como el sacrificio obligatorio, si bien transitorio, que las economías dependientes debían hacer para estar en condiciones de retomar el crecimiento. La segunda etapa del neoliberalismo se articuló con los procesos de democratización en marcha desde comienzos de los ochenta, y contó con la conversión de la socialdemocracia a este modelo.

La etapa siguiente se abrió con la crisis mexicana de 1994, a la que le siguieron la asiática de 1997, la rusa de 1998 y la brasileña de 1999. Los nuevos gobiernos latinoamericanos fracasaron al intentar mantener la política de ajuste fiscal, fuente de desequilibrio económico y financiero. El continente volvió a entrar en una nueva crisis, más profunda, probando que luego de dos décadas de programas de estabilización monetaria y de hegemonía neoliberal no sólo no se había retomado el desarrollo, sino que la cuestión social y la inestabilidad política habían empeorado considerablemente. América Latina exhibe estados debilitados en el plano externo, prerrogativas soberanas radicalmente carcomidas, y cada vez menos legitimidad y capacidad de acción en el plano interno. Este se caracteriza por sociedades cada vez más fragmentadas y desiguales, con amplios sectores excluidos de los derechos básicos, con economías carentes de dinamismo propio en un contexto de creciente financiarización, que las convierte en blancos sumamente vulnerables de las periódicas crisis que afectan al sistema financiero internacional. Los conceptos de nación y soberanía, que fueron las bases de las relaciones sociales sobre las cuales se edificó el estado latinoamericano, fueron arrasados por el vendaval neoliberal de las dos últimas décadas del siglo XX. La explosión del endeudamiento externo, sumada al pasaje del modelo hegemónico del capitalismo del “desarrollismo” al neoliberalismo, favoreció la hegemonía del capital financiero sobre las economías del continente. La apertura al mercado internacional, la privatización de empresas estatales, la desregulación económica y la flexibilización laboral fueron en detrimento del capital productivo y del bienestar general de la población.

En este contexto, Sader aborda la trayectoria de la izquierda latinoamericana que, tributaria del movimiento obrero europeo, fue acrecentando su vigor hasta protagonizar algunos de los grandes acontecimientos del continente, tratados con detalle por el autor. Los comienzos del siglo XXI encuentran a América Latina en crisis, con

epicentros en Colombia, Venezuela y los países andinos: Ecuador, Bolivia y Perú. Asimismo, la región se enfrenta con alternativas contradictorias en un cuadro internacional complejo. Los dilemas internos de cada país –prolongar el ajuste fiscal o romper con el neoliberalismo y buscar un modelo alternativo– se expresan en el plano regional por el dilema entre el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

El economista egipcio Samir Amin analiza el contexto contemporáneo de un mundo único, diverso y desigual, planteándose la posibilidad de construir una modernidad igualitaria sin sacrificar la diversidad. Para Amin, la modernidad está sometida a dos derivas complementarias que golpean a las regiones periféricas del sistema mundial contemporáneo y en particular a los países de África y del mundo árabe. La primera refiere a la contradicción que caracteriza al capitalismo como ideología dominante, que obliga a sacrificar las especificidades locales en aras del desarrollo. La segunda se expresa en una retórica violenta contra la modernidad y a favor del mantenimiento sin cambios de la especificidad cultural amenazada por la globalización. En realidad, plantea Amin, el desafío es transformar la modernidad para hacerla capaz de construir un mundo único, igual y diverso.

Hay dos momentos decisivos en la historia. El nacimiento de la modernidad (y del capitalismo, con la Ilustración) enarbolaba la idea de que el ser humano, individual o colectivamente, es hacedor de su propia historia. El concepto de razón aparece, pues, indisolublemente ligado al de emancipación, como concepto transhistórico, aunque luego se demuestre su naturaleza histórica. La razón emancipadora se expresa en un tríptico clásico: libertad, igualdad y propiedad. Sin embargo, la ideología libertaria de derecha ha renunciado a otorgarle a la igualdad su estatus de valor fundamental, haciendo desaparecer la ética, pues los seres humanos no son responsables de las desigualdades que provocan. Como la razón burguesa no es emancipadora, deviene en razón instrumental y se desplaza al campo de la economía, igualando “mercado” y “democracia”. Renuncia a ser emancipadora y acepta desempeñar las funciones de una empresa de demolición de la humanidad.

El segundo momento decisivo se abre con la crítica de Marx a la razón emancipadora burguesa del Siglo de las Luces, inaugurando un nuevo capítulo que este autor califica de modernidad crítica de la modernidad, y que reemplaza propiedad con fraternidad. Este concepto refiere a la idea de propiedad social ejercida por el conjunto del cuerpo social para su beneficio. En este contexto, el marxismo es para

Amin el instrumento eficaz que permite a la vez analizar los desafíos y definir estrategias capaces de cambiar el mundo.

La ideología del liberalismo mundializado se funda en un concepto empobrecido y exacerbado de la modernidad, donde la diversidad no tiene más lugar. La deriva se define precisamente por el abandono de la dualidad economía/política, que se sustituye por un concepto unilateral de economía “sin política”, como se pone en evidencia sobre todo en los países del capitalismo metropolitano.

Al abordar la deriva del Islam político, Amin sostiene que los pueblos musulmanes y el Islam, al igual que en otras regiones del mundo, tienen una historia: la historia de diversas interpretaciones de las relaciones entre la razón y la fe y de las transformaciones y adaptaciones mutuas de la sociedad y de su religión. Pero la realidad de esta historia es negada no sólo por los discursos eurocéntricos, sino también por los movimientos contemporáneos que dicen pertenecer al Islam. Los unos y los otros comparten el mismo prejuicio culturalista por el cual las “especificidades” propias de las diferentes trayectorias de los pueblos y de sus religiones serían de naturaleza intangible, inconmensurable y transhistórica. Al eurocentrismo de los occidentales, el Islam político contemporáneo no opone más que un eurocentrismo de sentido inverso. Por ello, los dos discursos del capitalismo liberal mundializado y del Islam político son perfectamente complementarios.

En un orden internacional dominado por EE.UU., el politólogo malasio Hari Singh debate en torno a la geopolítica de la región de Asia-Pacífico, abordando cuestiones como el balance de poder regional, las instituciones, la economía política internacional y las normas internacionales.

Bajo el supuesto teórico realista de que el orden internacional es una condición de las relaciones internacionales, donde los estados desarrollan patrones regulares de comportamiento sobre la base de normas, reglas, procedimientos y principios, y de que el actual régimen internacional posee una estructura jerárquica, donde los poderosos determinan las reglas de juego y el resto se ajusta a la competencia oligopolística con el esquema de balance de poder, Singh analiza las perspectivas para la región bajo la hegemonía norteamericana.

En su análisis, el primer actor a ponderar es China, potencia regional que ha aplicado una estrategia de llevar la delantera en relación con EE.UU., y una de balance de poder con sus vecinos nucleares, principalmente Rusia e India, y con los estados del Sudeste asiático, en particular Vietnam, manteniendo distancia de Corea del Norte.

Japón también desempeña un rol importante en la arquitectura de seguridad en Asia-Pacífico, sobre todo luego del 11-S, cuando se incrementa su vulnerabilidad y refuerza su cooperación con EE.UU. También aplica una estrategia de llevar la delantera con EE.UU., aspirando a su reconocimiento como una gran potencia y a recuperar su estatus internacional de estado "normal". Al igual que su vecino, Japón también buscó mejorar las relaciones con Rusia, China y Corea del Sur. Aunque las perspectivas de una guerra nuclear entre grandes potencias sean impensables, este no es el caso con un pequeño estado como Corea del Norte, pues EE.UU. no toleraría un cambio en el balance de poder regional que afecte el balance de poder global.

A la dimensión de seguridad debe agregársele en la región la evolución de regímenes económicos transnacionales tales como la Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés), lo cual ha incrementado el rol de EE.UU. en la región, como balanceador de Europa. Es de destacar asimismo el rol de una ASEAN ampliada en funciones y miembros, pero con conflictos internos irresueltos y latentes, entre ellos el componente islámico de las poblaciones de algunos de estos estados.

La globalización ha hecho que los estados tengan dificultades para mantener estructuras políticas cerradas. El ascenso de una agenda económica en la política de la posguerra fría ha reforzado el imperativo democrático en Asia. Los gobiernos estuvieron bajo presión para liberalizar, y así fueron más dependientes del desempeño económico como criterio de legitimidad. Esto reforzó la dinámica democrática del capitalismo en las sociedades de Asia-Pacífico. Pero el capitalismo tiene sus contradicciones, como lo ilustró la crisis financiera de 1997 que paralizó las economías de Corea del Sur y otros países del Sudeste Asiático, exponiendo la personalización del poder político de las elites gobernantes y enfermedades públicas como la corrupción, la connivencia y el amiguismo. También desacreditó el mito del estado fuerte como base para el desarrollo, utilizado por los gobiernos para justificar su autoritarismo. La inflación y el desabastecimiento de productos esenciales desataron reacciones populares bajo la bandera de la reforma democrática. Hubo inestabilidad política, y los regímenes autoritarios en Tailandia e Indonesia fueron reemplazados, al paso que otros fueron forzados a introducir reformas democráticas.

Estos desarrollos se correspondían con los objetivos del nuevo orden internacional impuesto por EE.UU. Pero después del 11-S, EE.UU. abandonó su agenda democrática (salvo para legitimar su inter-

vención) permitiendo que regímenes autoritarios, con poblaciones con mayoría musulmana, utilizaran el mote de “terroristas” para encarcelar a sus opositores. Sin embargo, el gravitante entorno internacional está limitando la capacidad de los gobiernos para recurrir a la represión, como ocurriera rutinariamente durante los años de la Guerra Fría.

El terrorismo global puso en evidencia que los estados ya no tienen el monopolio para amenazar el orden mundial establecido. Paralelamente, los estados han tomado conciencia de que la solución a las amenazas no tradicionales requiere de la cooperación multilateral, fortaleciendo la creencia en las instituciones globales como administradoras de la sociedad internacional. Pero como estas no están exentas de la política de poder, terminan respondiendo a los intereses de los grandes y, en particular, de EE.UU. En cuanto a las instituciones regionales, la ASEAN, que fue funcional durante la guerra fría, ya no lo es más frente a una regionalización del tipo del Foro Asia-Pacífico y del APEC.

Por último, el politólogo chino Xu Shicheng se ocupa de analizar la nueva hegemonía estadounidense después del 11-S sobre la base de la doctrina de nuevo imperio, que tiene como objetivo transformar el mundo en función de los valores de EE.UU. y establecer una *Pax Americana* aprovechándose de las incomparables ventajas que le otorga su poderío económico, político y militar.

Para Shicheng, esta teoría neoimperial constituye una “nueva gran estrategia” cuyo impulso inicial es la reacción frente al terrorismo, pero que justifica la pretensión estadounidense de desligarse de las demandas de sus socios y de las reglas e instituciones globales, desempeñando un papel más unilateral y previsor para enfrentar lo que la Casa Blanca considera como amenazas terroristas. La creciente fuerza económica y militar de EE.UU. en la posguerra fría constituye la base material y el punto de partida para la doctrina neoimperial. La conciencia de un “Destino Manifiesto”, que le confiere a la sociedad norteamericana una “misión redentora” y la consagra como el “imperio de la Libertad”, es su sustento ideológico. La guerra contra Irak es el inicio de la puesta en práctica de su estrategia global para construir el neoimperio.

Con posterioridad al 11-S, EE.UU. intensificó su estrategia de control de América Latina a través de las relaciones militares, políticas y económicas con los países de la región en general –y muy particularmente con los países andinos–, siendo el ALCA, la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo los temas dominantes de la agenda.

Con respecto a China, y a pesar de un reciente entendimiento, la relación con EE.UU. presenta problemas aún sin resolver: Taiwán, los

derechos humanos, el papel de la religión y conflictos comerciales. Bill Clinton se refería a China como “socio estratégico”, en tanto que George W. Bush la menciona como “competidor estratégico”. Las relaciones bilaterales continúan siendo frágiles y volátiles, y EE.UU. continúa actuando para que China “cambie su color”, como lo hace con Cuba. Según el autor, EE.UU. fracasará en el intento.

SOCIEDAD Y POLÍTICA EN UNA ERA NEOLIBERAL

Los textos de este capítulo abordan los problemas políticos y sociales de los estados de las tres subregiones en un contexto de hegemonía de EE.UU. y de las instituciones financieras internacionales. Con matices, los autores reconocen los avances hacia procesos más democráticos y transparentes, pero en un marco signado por la influencia negativa de los programas de ajuste estructural y las reformas del estado, que lo han discapacitado para enfrentar los acuciantes problemas derivados de la creciente exclusión social y pobreza provocadas por la aplicación del modelo del Consenso de Washington y la agenda neoliberal. Estos problemas se expresan en conflictos de variado tipo, pero que pueden sintetizarse en el nexo entre seguridad humana, conflictos interestatales y crisis económicas.

En su contribución, el politólogo argentino Atilio Boron analiza las posibilidades y límites del capitalismo democrático en los países de la periferia. Fundamenta su preocupación en el progresivo vaciamiento experimentado por las recuperadas democracias latinoamericanas como consecuencia de la aplicación de las políticas neoliberales.

En la práctica, el pseudo-reformismo de las recetas del Consenso de Washington sólo produjo una fenomenal concentración de la riqueza, a través de la apertura comercial, las privatizaciones y la desregulación financiera. Por consiguiente, las mal llamadas reformas no son más que contrarreformas que han acentuado el proceso de involución social, detenido el crecimiento económico, debilitado al estado y, junto con él, a las esperanzas puestas en la democracia. Los ejemplos de Argentina, México y Bolivia dan cuenta de las variadas aristas de este proceso.

Con el estado y la sociedad convertidos en rehenes del mercado, las políticas neoliberales propiciaron un profundo proceso de desintegración y violencia social, cercano al estado de naturaleza hobbesiano. Asimismo, la supeditación de la democracia a la dinámica de los mercados terminó vaciándola de contenido, desalentando la participación

ciudadana, desarticulando las redes de solidaridad social, satanizando al estado y haciendo de la videopolítica el falso sucedáneo de la participación ciudadana. En síntesis, las contrarreformas neoliberales tienen como objetivo hacer que los rigores del mercado actúen como incentivos para motivar conductas supuestamente más racionales e innovadoras de los agentes económicos y políticos.

Para concluir, el autor realiza un diagnóstico pesimista sobre las alternativas de Brasil, con Lula y el Partido de los Trabajadores (PT), los cuales, a pesar de pretender implementar un programa post-neoliberal de reconstrucción económica y social, parecen estar capitulando frente a la extorsión de los agentes internacionales. El trabajo no se limita a criticar las “democracias realmente existentes” y finaliza proponiendo algunas orientaciones básicas de lo que debería ser una política post-neoliberal, fundada en la reconstrucción integral del orden estatal sobre la base de una reforma tributaria (con un modelo de tributación progresiva que erradique la evasión y la elusión tributarias, en particular de las grandes empresas nacionales y transnacionales) y de una profunda reforma política (que perfeccione la calidad de nuestras instituciones y prácticas democráticas). Para ello considera imprescindible emancipar la política de los mercados, a través de un estado dotado de recursos suficientes como para proveer el conjunto de bienes públicos, recuperar la soberanía económica y política perdida, y facilitar la impostergable reconstrucción de la sociedad civil.

El politólogo nigeriano Adebayo Olukoshi, por su parte, aborda la problemática de los países de África, reconociendo la ausencia de consenso en cuanto al enfoque más apropiado para explicar los cambios en la estructura, contenido y dinámica de la política en ese continente. Esta situación ha desencadenado una crisis de la teoría en el estudio de África y ha dividido los análisis entre los llamados afro-optimistas y los afro-pesimistas. Los primeros ponen el acento en todos los avances, haciendo referencia a una segunda liberación o a un renacimiento africano, mientras que los segundos ponen especial énfasis en identificar los problemas que en África impiden avanzar hacia la consolidación democrática.

Los cambios que han alterado el panorama africano son multidimensionales y se verifican tanto en el nivel de la política formal como en los procesos informales que cimientan el sistema político, y han sido generados tanto por factores internos como externos al mismo. La mayor parte de la atención de los estudiosos se concentró

en las instituciones formales y en los procedimientos políticos, porque son más visibles y mensurables. Pero también son relevantes los procesos subyacentes que forjan y remodelan las instituciones formales, especialmente los actores cuyas acciones o inacciones le dan vida al sistema político, aunque lamentablemente estos temas han sido descuidados por los académicos.

Para el autor, los cambios más relevantes en la política africana en los últimos quince años refieren a las reestructuraciones operadas en el ámbito de la competencia política y de la gobernabilidad. En ese contexto también puede observarse la emergencia del pluralismo en los medios informativos. Los años noventa fueron testigo del quiebre del monopolio del estado sobre la propiedad de los medios de información, en un contexto de florecimiento de las asociaciones civiles a nivel local, nacional, subregional y continental, y del surgimiento de nuevos actores políticos que reforzaron el proceso democrático. Los cambios en África también se observan con la caída de los últimos vestigios del colonialismo y del racismo institucionalizado, desde la independencia de Zimbabue en 1980 hasta las elecciones multirraciales en Sudáfrica en 1994.

Otros cambios, aún menos visibles, tienen relación con las transformaciones operadas en la estructura demográfica, que han llevado a la juventud a detentar un rol más prominente en la vida de las sociedades africanas. Un reflejo de ello es la aparición de una generación de nuevos líderes que no han experimentado el gobierno colonial ni tomaron parte en la lucha anticolonialista y de liberación. Pero, como contrapartida, también se observa el desinterés de los jóvenes por la política y su alienación, producto en general del desempleo, que en muchos casos los ha llevado a participar directamente en conflictos internos armados.

También la rápida tasa de urbanización y las migraciones internas asociadas han generado la exacerbación de la dicotomía rural-urbana, el reavivamiento de competencias étnico-regionales/socio-culturales, la proliferación de pandillas urbanas armadas, el crecimiento de la intolerancia y la xenofobia (especialmente hacia los “no nativos”), los crecientes desafíos a la inclusión social en poblaciones cada vez más urbanizadas, la masiva expansión del sector informal, y el crecimiento de nuevas religiosidades desde el sincretismo al puritanismo. Esto ha llevado a la proliferación de políticas contestatarias alrededor de cuestiones como la ciudadanía, los derechos individuales y grupales, el rol del estado y la naturaleza de sus capacidades.

La política post independencia en África estuvo centrada en el rol central del estado y del sector público, en lo que fue considerado el modelo de acumulación del estado intervencionista. Durante los años ochenta este modelo colapsó y se realizaron esfuerzos para reemplazarlo por un marco basado en el libre mercado, que cambiaba las reglas de juego. Se suponía que surgiría una nueva clase media que lideraría la transición democrática, cosa que, lamentablemente, no aconteció. Entre los factores que dan cuenta de esta situación deben mencionarse la crisis económica que se descargó sobre el continente, los realineamientos políticos nacionales e internacionales originados por la desaparición del conflicto Este-Oeste, el radical debilitamiento de los estados africanos, y la paralela y creciente utilización de medios violentos para resolver cuestiones internas. A esto es preciso agregar, como si fuera poco, los efectos de la diáspora africana que priva a esas sociedades de algunos de sus mejores talentos.

Olukoshi demuestra en su trabajo las debilidades de los enfoques convencionales de la ciencia política así como la esterilidad del dualismo afro-pesimista/afro-optimista que considera a la política africana como un terreno exótico, estereotipando las prácticas y experiencias africanas y, debido a su componente básico eurocéntrico, omitiendo registrar los avances y retrocesos históricos que no son ni unilineales ni unidireccionales. El texto termina sugiriendo vías alternativas de interpretación, las cuales abren todo un conjunto de interrogantes que se pueden sintetizar en el siguiente: habida cuenta del fracaso de dos décadas de ajuste estructural, ¿puede este convertirse en la base segura para la construcción de un nuevo contrato social, o será que el continente deberá elaborar un marco alternativo para conseguir su desarrollo? En este sentido, Olukoshi se pliega a los trabajos de Mkandawire, quien sostiene una democracia desarrollista como marco para restaurar el camino del crecimiento económico en África que será, por definición, socialmente inclusivo y democrático.

El politólogo nigeriano Musa Abutudu se ocupa de los desafíos y perspectivas para promover la seguridad humana en África, habida cuenta de los cambios en la naturaleza de los conflictos a nivel mundial ocasionados por el fin de la Guerra Fría. Durante este período, la concepción de la seguridad estaba asociada a la seguridad del estado y, por consecuencia, a la seguridad del régimen o a la seguridad personal del gobernante. La oposición en la política doméstica era percibida como amenaza a la seguridad nacional y así se justificaba su repre-

sión. Los cambios sistémicos, junto a las crisis económicas de los países africanos producto de los programas de ajuste estructural, la ola de liberalización política y el relativo auge de la democracia multipartidaria, entre otros factores, llevaron a rediscutir en África las agendas y procesos, tanto a nivel global como continental y nacional.

Las reformas neoliberales impactaron en las bases del proyecto de estado-nación, minando su legitimidad, engendrando la hostilidad de las masas y haciendo resurgir viejas animosidades, a partir del aumento de los excluidos social y económicamente. La agenda neoliberal marcó la necesidad de ampliar el mercado y reducir el gasto público, retirando los subsidios a varios sectores sociales y productivos y exacerbando la inseguridad de las poblaciones, cuyas protestas por la creciente miseria fueron violentamente reprimidas. Por ello este autor vincula el genocidio económico generado por los programas de ajuste estructural y la globalización, por una parte, y la violencia étnica y comunal que desgarró a África, por la otra.

Para Abutudu, el concepto de seguridad humana está centrado tanto en el individuo como en la comunidad. Las amenazas incluyen todas las formas de privaciones económicas, contaminación ambiental, expansión de enfermedades infecciosas y no infecciosas (como el SIDA y la malaria, respectivamente). El concepto interpela necesariamente al estado como fuente real o potencial de opresión y privaciones, o como aquel que contribuye a situaciones que amenazan la condición de seguridad humana. Esta se enfrenta con el economicismo neoliberal, en tanto generador de crisis económico-sociales y violencia política, como lo prueban los casos de Ruanda, Somalía, Liberia y Sierra Leona, entre otros.

La seguridad humana no se contrapone al concepto tradicional de seguridad. El problema surge cuando esa noción es utilizada por las potencias para reordenar las prioridades en un mundo post Guerra Fría, donde se la interpreta como la seguridad frente a los actos de terrorismo en el marco de “la guerra global contra el terror”. De esta manera, los gobiernos africanos son ahora “medidos” en función de la percepción que existe acerca de si están ayudando o no a grupos terroristas.

MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA CUESTIÓN CAMPESINA

En esta sección se pasa revista a las nuevas configuraciones de los movimientos sociales que en los tres continentes se oponen a la globalización neoliberal y sus consecuencias, entre los cuales sobresalen las

luchas de algunos movimientos africanos transatlánticos, poco visibles en la bibliografía contemporánea.

Un tema central en las tres regiones es el problema de la reforma agraria y la situación de los campesinos, que es analizada tanto en la subregión del África austral como en el caso específico de los campesinos de Sri Lanka, que debieron abandonar sus cultivos de subsistencia en aras de un modelo exportador según las recomendaciones del Banco Mundial.

En el primer trabajo de esta sección, los sociólogos José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati se ocupan de las nuevas configuraciones que han adoptado los movimientos populares en América Latina luego de los avances de la mundialización capitalista neoliberal de los años noventa. Si bien las resistencias y los obstáculos interpuestos, más bien localizados y fragmentados, no pudieron impedir la implementación de dichas políticas, hacia finales de la década se comprobó el inicio de un nuevo ciclo de protesta social cuyos sujetos colectivos presentaban nuevos rasgos. En algunos casos, la emergencia de estos nuevos sujetos precipitó la caída de varios gobiernos, originó profundas crisis políticas y produjo el fracaso de iniciativas de carácter neoliberal. Estos movimientos, de base territorial tanto rural como urbana, se han constituido en relación a su identidad étnica y cultural, en referencia a una carencia (los “movimientos sin”, como los “sin techo”, “sin tierra”, “sin papeles”, etc.) o en relación a su hábitat de vida compartido.

En el caso de los primeros, puede observarse el protagonismo de movimientos indígenas (en Ecuador, México y Bolivia) acompañados por movimientos campesinos de significativa presencia nacional y regional (Movimiento de los Sin Tierra de Brasil). En tanto, en el espacio urbano, el grupo más emblemático son los piqueteros de Argentina. Pero también, debido a la multiplicidad de problemáticas derivadas de la polarización social impulsada por el neoliberalismo, han surgido otros movimientos que dan cuenta de la fragmentación y dualización del espacio urbano. Otros sectores sociales, sobrevivientes de una fase anterior de luchas, como los maestros y profesores, los empleados administrativos, los trabajadores de la salud y los empleados públicos en general, convergieron en sus luchas con los nuevos movimientos sociales. Por otra parte, es de notar que en los últimos años se están produciendo procesos de articulación regional e internacional sin precedentes en el continente, a través de la coordinación de movimientos sindicales, de mujeres, estudiantes, ONGs y partidos políticos, estimulados, entre otros factores, por las propuestas emana-

das del Foro Social Mundial (FSM) de Porto Alegre. Los autores subrayan el papel de tres elementos característicos de la práctica constitutiva de la mayoría de los movimientos sociales latinoamericanos: la apropiación territorial, la revalorización de los mecanismos democráticos de participación y decisión, y el surgimiento de “un nuevo internacionalismo” cimentado en el FSM de Porto Alegre o en las campañas contra el ALCA. La respuesta de los poderes establecidos ha sido el “neoliberalismo armado”.

La internacionalista de Chad, Madeleine Alingué, pone de relieve el papel de las resistencias y movimientos africanos transatlánticos, sobre todo en el marco de la apropiación del espacio de las resistencias por los activistas anti-globalización, y llama la atención sobre la sorprendente “invisibilidad” de los aportes africanos a la construcción y evolución de las resistencias modernas.

Luego de puntualizar que los afrodescendientes en las Américas y el Caribe son hoy más de 150 millones, se ocupa de la genealogía de las resistencias modernas africanas desde el siglo XV hasta el siglo XX. Junto al comercio triangular de la trata transatlántica de esclavos, se gestaron las primeras resistencias y movilizaciones africanas frente a la doble discriminación de clase y raza, que continuaron hasta nuestros días, con la propuesta de un nuevo orden económico mundial, de la Nueva Asociación Económica para el Desarrollo Africano (NEPAD, por sus siglas en inglés) o del nuevo milenio libre de deuda. La autora analiza también las victorias políticas obtenidas por estos movimientos –tales como la acción afirmativa o el reconocimiento del multiculturalismo– y la apropiación de la temática por los académicos, a través de un proceso de formulación y definición interna. Asimismo refiere a las estrategias sociales transatlánticas africanas, que instrumentalizan y combinan diferentes espacios de negociación como el mestizaje, el mantenimiento de la identidad africana a través de la autonomía y la autodeterminación, las movilizaciones jurídicas para obtener procesos de titulación colectiva de tierras y el establecimiento de políticas de etno-educación, y etno-desarrollo.

El sociólogo de Zimbabue, Sam Moyo, analiza la cuestión agraria y campesina en el África austral, dominada por los efectos negativos de los procesos de descolonización, asociados al fracaso en el empeño por conseguir un desarrollo sustentable en un marco democrático. A pesar de las particularidades propias de cada país, existen en el África subsahariana similitudes en torno a las cuestiones sociopolíticas y económicas fundamentales, derivadas de la persistencia de conflictos originados

tanto por la desigual distribución de la tierra, como por la precariedad de los sistemas de tenencia de la misma.

La tierra es la fuente básica de subsistencia de la mayoría de los países del África austral y es fundamental para el desarrollo de la agricultura, el turismo y la vivienda. Esto no es solamente un tema agrario, sino también una cuestión social crítica que remite a la persistencia de patrones inequitativos de asignación de recursos en la división rural-urbana y la división agricultura-industria, y pone de relieve las conflictivas relaciones de clase, género, raza y etnia, en un contexto de marginalización de la mayoría de las poblaciones rurales en la región.

Moyo analiza la incidencia de las expropiaciones realizadas durante la colonización en diferentes países, así como el papel de los proyectos de desarrollo en Sudáfrica, Zimbabue y Zambia para atraer mano de obra migrante de la región. Estas desigualdades fueron a su vez profundizadas luego de la independencia, cuando los esquemas nacionales se articularon con el capital global a través de las instituciones financieras internacionales, la “ayuda al desarrollo” y el sistema internacional de comercio. Sin embargo, entre los años sesenta y setenta, los estados de la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (SADC, por sus siglas en inglés) se movieron entre el enfoque neoliberal y las tentativas de una reforma agraria radical-nacionalista.

El autor también aborda la naturaleza y significado del campesinado en el África austral, que no constituye una clase en sí, pues encierra en su ser las tendencias antagónicas de proletario y propietario, a las cuales se suman las cuestiones de raza y género. Luego se ocupa de la concentración de la propiedad de la tierra, las privatizaciones y el control externo. Sostiene que se ha avanzado poco en la implementación de la reforma agraria y en enfrentar todos los problemas derivados de un desigual acceso a la propiedad de la tierra (en algunos países concentrada en minorías blancas) y de las nuevas concesiones otorgadas a inversores extranjeros.

Las demandas para redistribuir la tierra, tanto por las desigualdades raciales históricas como por las crecientes necesidades de la población negra, han sido una constante en la región. Sin embargo, los gobiernos han subestimado su naturaleza y escala, ignorando las tensiones raciales que aún persisten por una agenda de reformas inconclusa. Los movimientos sociales agrarios, pequeños y con poca estructura, han quedado relegados por el mayor activismo de grupos de clase media que defienden métodos basados en el mercado. Por ello, al no enfrentar apropiadamente el problema de una distribución

desigual de la tierra, se ha alimentado la agitación en pos de reformas radicales. Resolver la cuestión agraria constituye un ingrediente crucial para la reconciliación nacional y el desarrollo, y un elemento esencial para la resolución de la cuestión nacional y de los procesos de democratización.

El sociólogo belga François Houtart, por su parte, explica las causas por las cuales, a partir de 1977, los campesinos debieron abandonar su cultivo de arroz en Sri Lanka en función de las recomendaciones del Banco Mundial, aceptadas por una clase minoritaria de habitantes de Sri Lanka que controlaban el gobierno. Estas recomendaciones apuntaban a transformar la agricultura en una industria de exportación. No tenían en cuenta los efectos sociales catastróficos producidos por la represión de las revueltas de jóvenes campesinos que habían perdido sus empleos.

Frente a la pobreza creciente y a los efectos disolventes de sus políticas, las instituciones financieras internacionales insistieron en recomendar al gobierno de Sri Lanka que profundizara la apertura del mercado, abandonando definitivamente las políticas keynesianas débilmente ensayadas hasta entonces. Este proceso fue acompañando con préstamos para acelerar esas reformas, que luego se suspendieron porque las reformas no se llevaron a cabo de acuerdo con las recetas suministradas por los tecnócratas. Esto llevó al gobierno a lanzar un nuevo ciclo de reformas neoliberales a tono con los dictámenes del Consenso de Washington.

Aunque estas políticas se enfrentaron con una decidida resistencia popular, organizada “desde abajo” por la sociedad civil, tropezaron con un implacable sistema de decisiones a nivel gubernamental, dispuesto a conducir al país hacia su integración en la economía capitalista mundial, pese a que gracias a ello la autosuficiencia alimentaria pasara a ser una cuestión del pasado. Finalmente, el autor concluye que para modificar estas políticas y reorientar los objetivos del desarrollo será necesaria una convergencia de las fuerzas de resistencia social y política locales con las fuerzas y movimientos sociales que operan a escala mundial.

CONSTRUYENDO UN NUEVO DIÁLOGO ENTRE ÁFRICA, ASIA Y AMÉRICA LATINA

Luego de analizar en los capítulos anteriores los problemas políticos y sociales desde una perspectiva regional, en este capítulo los autores se

ocupan de abordar las posibilidades de avanzar en una cooperación Sur-Sur entre las tres regiones bajo estudio, tratando los casos específicos de las relaciones entre China, África y Sudáfrica, y las políticas exteriores de Brasil y Argentina con los estados africanos y Sudáfrica en particular.

También se contempla la necesidad de construir la cooperación para generar posiciones internacionales más autónomas, tomando como ejemplo el MERCOSUR, en el Cono Sur latinoamericano, para finalmente concluir con un aporte que propone crear una Tricontinental del conocimiento, a través del fortalecimiento de la cooperación entre las comunidades académicas de las tres regiones para gestar un nuevo proceso emancipatorio.

El politólogo sudafricano Garth Shelton se ocupa de analizar cómo, en el marco de la cooperación Sur-Sur, China busca establecer fuertes relaciones que le permitan enfrentar la hegemonía norteamericana mediante el robustecimiento de la cooperación económica con África. El autor sostiene que China y África, por pertenecer al mundo en desarrollo, no poseen áreas en disputa sino intereses estratégicos comunes, con una visión compartida sobre las principales cuestiones internacionales. Por tanto, mediante el incremento de todo tipo de canales y contactos gubernamentales, se ha procurado coordinar posturas y políticas en relación con temas comerciales y reglas del sistema económico internacional en los principales foros multilaterales, como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), así como en las cuestiones relativas al comercio bilateral.

El autor pone especial énfasis en analizar la política africana de China, sus relaciones con los estados africanos, particularmente con Sudáfrica, luego del establecimiento formal de relaciones en 1998. En vinculación con este caso, se analizan los esfuerzos desarrollados por ambos gobiernos para avanzar en diversos programas de cooperación en una variedad de áreas, especialmente en la sincronización de políticas referidas a la agenda Sur-Sur, dado que tanto Pretoria como Beijing intentan reestructurar la agenda política y económica global.

Luego de aportar evidencia empírica a favor de sus interpretaciones, el autor concluye que China y África tienen ahora una oportunidad estratégica para dar paso a una nueva etapa de cooperación Sur-Sur que podría ser efectiva en pos de la reforma del presente orden global, brindando esperanza e inspiración a los países subdesarrollados y un nuevo marco para la participación en el debate Norte-Sur.

Por su parte, la internacionalista argentina Gladys Lechini analiza las políticas exteriores de Argentina y Brasil con respecto a Sudáfrica en el contexto de sus relaciones con los estados africanos, con el objetivo de promover una nueva agenda de investigación en un escenario de cooperación Sur-Sur. En el trabajo se discuten dos modelos de cooperación Sur-Sur, a partir de las relaciones de Argentina y Brasil con la nueva Sudáfrica democrática. En el caso de Argentina, la relación se desarrolló en el marco de una política intermitente y por impulsos; y en el caso de Brasil, a través de la persistente construcción de una política africana. Aunque ambos estados latinoamericanos decidieron avanzar en sus relaciones con Sudáfrica, sus estilos y objetivos fueron diferentes. Brasil llevó a cabo una diplomacia política y a la vez comercial, mientras que Argentina se limitó a incrementar las relaciones comerciales y las inversiones sudafricanas.

En este contexto, la forma en que Brasil diseña y operacionaliza su inserción internacional construyendo asociaciones estratégicas constituye un buen ejemplo de las nuevas modalidades que permitirán avanzar en los caminos de una cooperación Sur-Sur más exitosa. En su búsqueda de intereses convergentes en áreas específicas, Brasil ha estructurado un entramado de cooperación con los mismos socios pero en escenarios diferentes. Para el caso bajo estudio, la relación con Sudáfrica resulta central en su estrategia de negociación. Brasil avanza en la cooperación bilateral y luego empuja a la Argentina, su principal socio regional, para negociar a través del MERCOSUR acuerdos de libre comercio con Sudáfrica y la Unión Aduanera del África Austral (SACU, por sus siglas en inglés). Hace lo mismo con la India pero, a su vez, genera un ámbito trilateral, IBSA (India, Brasil y Sudáfrica), para sostener posiciones comunes en temas donde los tres tienen intereses convergentes en variados escenarios multilaterales, particularmente en el G20.

La autora concluye que una efectiva cooperación Sur-Sur debe ser construida paso a paso, en áreas temáticas específicas y con objetivos precisos, controlando tanto las presiones generadas por los actores más poderosos como la tendencia de los países del Sur a dispersar esfuerzos.

Para la internacionalista argentina Miryam Colacrai, el MERCOSUR ha significado la creación de un singular esquema de cooperación inédito en América del Sur. En este proceso se combinaron una serie de elementos positivos: la consolidación democrática, la conformación de una zona de paz, el incremento de los vínculos fronterizos y un espacio económico común. Su constitución permitió, asimis-

mo, avances significativos en el entendimiento político entre los estados-parte, cooptando también la adhesión de las sociedades nacionales y posibilitando una mayor visibilidad en tanto conjunto y unidad.

A pesar de estas fortalezas, persisten muchas dificultades para consolidar el proceso de integración. Como Colacrai reconoce que una de las debilidades del MERCOSUR radica en el plano de las ideas, se propone reflexionar a partir de los aportes de la “visión constructivista” de las relaciones internacionales porque ofrece mayores posibilidades para crear puentes con otras disciplinas sociales y dar cuenta de explicaciones más complejas.

Luego de abordar las ventajas de tal perspectiva para el relanzamiento del MERCOSUR, analiza algunas ideas-fuerza alrededor de las cuales es posible motorizar ese despegue. Las mismas tienen que ver con una redefinición de la autonomía nacional que incluya necesariamente la perspectiva regional. Considera que es importante asignarle a la “teoría de la autonomía” un lugar en el diseño de políticas, sobre todo porque durante los años noventa hubo, en algunos países y particularmente en Argentina, un malentendido pragmatismo que la desvirtuó como guía de acción.

Colacrai plantea además, la necesidad de corregir el déficit institucional del MERCOSUR, como así también de enfatizar la agenda no económica del proyecto integracionista. Sólo en ese marco, concluye, será factible vincular ideas, instituciones, la participación de la sociedad civil y las comunidades epistémicas en la conformación del “círculo virtuoso” necesario para afianzar este proceso de integración.

Finalmente, el politólogo colombiano Jaime Zuluaga Nieto aborda la posibilidad de recrear en el presente la organización Tricontinental gestada en 1966 en La Habana, a partir de una Tricontinental del conocimiento.

La primera apuntó a constituirse en un espacio de convergencia de movimientos revolucionarios y gobiernos de los estados de África, Asia y América Latina para enfrentar la dominación del capital norteamericano. A pesar de su fugaz existencia, dejó como herencia la idea de la necesidad de articular esfuerzos, intercambiar experiencias y desarrollar formas de solidaridad entre los pueblos y países de estas tres regiones.

Por ello, en los albores del siglo XXI, Zuluaga Nieto se plantea la necesidad de fortalecer las comunidades académicas y científicas para crear las condiciones que permitan el desarrollo del pensamiento críti-

co y la producción de conocimientos para colocarlos al servicio del hombre y la construcción de sociedades solidarias, equitativas y justas.

Al caracterizar a esta fase del desarrollo capitalista como sociedad del conocimiento, se ha colocado a la producción y apropiación del conocimiento como uno de los instrumentos de dominación más eficaces y como campo de lucha por la emancipación.

Sin embargo, a pesar de la rica experiencia acumulada en los países del Sur, la “colonialidad del saber” muchas veces ha impedido aprovechar el rico potencial y nos ha inducido a mirar hacia el Norte. Pero nuestras sociedades enfrentan problemas económicos, sociales y políticos comunes, compartiendo así retos y desafíos, que llenan de contenido la cooperación Sur-Sur. Para ello debemos conocernos mejor a través del fortalecimiento de las comunidades académicas de los tres continentes, definiendo agendas comunes en pos de la construcción colectiva de sociedades con justicia social y libertad.